

KUETHE, Allan J. y ANDRIEN, Kenneth J. (2014)

*The Spanish Atlantic World in the Eighteenth Century. War and the Bourbon Reforms, 1713-1796*

Nueva York: Cambridge University Press, 402 p.

ISBN 978-1107672840

En el fragmentado panorama historiográfico en el que nos movemos, no es fácil encontrar libros de síntesis. Todavía más cuando el tema abarca prácticamente un siglo y dos continentes. Estudiar conjuntamente la España y la América colonial en el siglo XVIII equivale a enfrentarse a una descomunal producción bibliográfica, a veces inabarcable y en apariencia infinita. Por ello, la obra de Allan J. Kuethe y Kenneth J. Andrien merece todo un reconocimiento al atreverse a ofrecer una síntesis que explique la monarquía hispánica de los Borbones desde un punto de vista atlántico. No es la primera vez que se hace algo parecido: ahí está *Imperios del mundo atlántico*, la *magnum opus* de John Elliott. Pero lo que en el trabajo de Elliott era una comparación entre el sistema español y el británico, en el trabajo de Kuethe y Andrien es contextualización del reformismo borbónico en su dimensión ultramarina.

*The Spanish Atlantic World in the Eighteenth Century* empieza poniendo en claro la falta de consenso entre los historiadores sobre el impacto de esas reformas. En un brevísimo estado de la cuestión, dejan claro su rechazo a las tesis cercanas a la teoría de la dependencia de Stanley y Barbara Stein (otra pareja de historiadores que han contribuido como pocos a una mirada general sobre el Imperio español) y prefieren apartarse de cualquier controversia historiográfica previa. Ni segunda conquista (Lynch), ni apuntalamiento del feudalismo (Steins), ni decisiones herestéticas (Delgado Ribas), ni absolutismo negociado (Irigoin y Grafe). Tampoco quieren plantear las clásicas dicotomías «reforma/revolución», «ruptura/continuidad» o, como se ha hecho en mucha de la historiografía sobre la España del siglo XVIII, «decadencia/rege-

neración». Los objetivos de Kuethe y Andrien son en apariencia menos ambiciosos: examinar las «deep political divisions that emerged over the Bourbon reforms on both sides of the Atlantic» (p. 25). De este modo, los autores declaran su voluntad de centrarse en la pluralidad de decisiones y respuestas que manifestaron los agentes de la Monarquía frente a la única dualidad que a ellos se les presentaba en su contexto: guerra y reforma.

El libro se divide en tres grandes apartados, que corresponden aproximadamente a los tres reinados del siglo XVIII. En orden cronológico, se va intercalando la historia de la carrera de Indias, la política exterior de la Monarquía, la historia de la Administración central y la historia de los virreinos americanos. Algo que por sí solo ya tiene bastante mérito. Cada uno de estos apartados problematiza cada oleada de reformas y su triunfo o frustración.

El primero de los apartados se centra en las reformas impulsadas por los dos «factótums» de Felipe V: Alberoni y Patiño. Este apartado ya es destacable solo por la rehabilitación historiográfica que se hace de los esfuerzos de Alberoni. Desatendido por los historiadores, Kuethe y Andrien lo presentan como el artífice de una primera serie de reformas muy pragmáticas, pero que pusieron los fundamentos sobre los que luego trabajaría Patiño. Alberoni habría intentando tomar el control sobre el tráfico ilegal, pero el contexto internacional poco favorable debido a su «aventurerismo italiano» precipitó una guerra que acabó con su expulsión y con la firma del *Proyecto para galeones y flotas* de 1720, que es entendido por los autores como una claudicación. El traslado de la Casa de Contratación a Cádiz representó

también otra batalla política con los comerciantes sevillanos. Patiño, más experimentado y prudente, desarrolló una estrategia basada en cinco puntos: reconstruir la Armada, reforzar los guardacostas, limitar la presencia extranjera en Cádiz y garantizar la lealtad de los cargos administrativos en las Indias. Incluso pudo poner en práctica reformas fallidas ideadas por Alberoni, como el establecimiento del monopolio en Cuba y la creación del virreinato de Nueva Granada (que iría acompañada de la fundación de la Compañía Guipuzcoana).

El segundo apartado se ocupa de las iniciativas tomadas por Campillo, Ensenada y Carvajal, de 1736 a 1759. Entonces ya se detecta la formación de una auténtica agenda reformista que pretende ir más allá de cambios *ad hoc*, en la que se pensaban alternativas al monopolio vistos sus decepcionantes resultados a largo plazo. Las guerras del Asiento y de Sucesión austríaca se resolvieron favorablemente para los intereses de la Corona, pero demostraron los límites de la reforma, ya que los mercaderes americanos se mostraron reticentes a introducir cambios en el sistema tradicional. Con Fernando VI, se adopta definitivamente una actitud más consciente que se expresa en el aumento de la presión fiscal sobre el clero y en la secularización de las doctrinas de indios, aspectos en que el libro hace aportaciones novedosas. Las prioridades ahora claramente imperiales se desarrollan en una coyuntura de paz y crecimiento económico que se detiene con la expulsión de Ensenada y con la entrada de España en la guerra de los Siete Años. Otra vez, las reformas provocan oposiciones en el seno de la Monarquía y la guerra obliga a tomar medidas extraordinarias.

Por último, el tercer apartado se ocupa de las reformas carloterceristas y de su continuidad hasta 1796, es decir, cuando España entra en guerra con Gran Bretaña en virtud del tratado de San Ildefonso. Con el advenimiento del nuevo rey, se experimentan cambios más atrevidos cuyos representantes fueron Esquilache y Gálvez.

El ritmo de las innovaciones se vio interrumpido tras el motín de 1766, pero, con la expulsión de los jesuitas, Carlos III y sus ministros habrían demostrado su firmeza y habrían recuperado el ritmo anterior. El proceso gradual de liberalización del comercio impulsado por Floridablanca culmina en 1778, aunque sus consecuencias se hicieron notar tarde. Mientras Bernardo de Gálvez luchaba por mantener las posesiones españolas en Norteamérica, donde ahora solo tenía en frente a los recién nacidos Estados Unidos, en los virreinos su tío José de Gálvez reforzaba hasta el límite el control imperial de las Indias. La reforma del Imperio no admite discusión, pero hay demasiados intereses en conflicto y la presión en las colonias ya produce motines. Hasta 1796, fecha que Andrien y Kuethe ponen como fin de su narración al entrar España en guerra abierta con Gran Bretaña, el sistema imperial español intentó simplemente sobrevivir buscando un equilibrio entre la asfixia fiscal a las colonias y su revitalización comercial.

El libro adopta una exposición cronológica sin ahondar demasiado en una explicación sincrónica. Sin embargo, Kuethe y Andrien nos presentan una monarquía desesperada por «modernizarse». A *grosso modo*, podemos distinguir cuatro estrategias. En primer lugar, la centralización del poder a través de la remodelación posibilitaba liderazgos consolidados. Secretarías, juntas e intendencias fueron instrumentos que permitieron acumular experiencia a sus líderes y establecer una correa de transmisión de voluntades entre metrópolis y colonia. Una segunda estrategia fue el establecimiento de alianzas con las élites coloniales, de modo que sus intereses redundasen en beneficio de la Corona. Esta fue, por ejemplo, la política de Patiño y Ensenada respecto al Consulado de Cádiz. En otros casos, se hacía necesario habilitar una tercera estrategia: el control militar y la represión política de estos otros agentes competitivos. Por último, la cuarta estrategia consistiría en forzar la dependencia de

las colonias a partir de aumentar las exacciones fiscales y de obligarles a comerciar con la Península.

Por otro lado, los diversos grupos de oposición y las potencias que competían con España en el Atlántico también habrían diseñado sus propias estrategias de combate. Primero, el contrabando y la piratería fueron un problema endémico que nunca logró resolverse del todo. En segundo lugar, los motines y las rebeliones también podían servir para comprometer a la Monarquía. Tercero, los grupos de poder supieron negociar y establecer límites con el poder central. Cuarto y último, la guerra era un instrumento legítimo y así lo demostraron los ingleses repetidamente a lo largo del siglo.

En definitiva, la política colonial del Imperio español era una amalgama de decisiones contradictorias, basadas en diagnósticos parciales que obedecían a las necesidades inmediatas de una vasta monarquía en guerra. Como los propios autores dicen, no había un plan directivo de dominación. La guerra implicaba reformas, que conducían a guerras, que implicaban más reformas... Sin embargo, esta visión contrasta con la voluntad de «modernización» que los autores adjudican a las intenciones de los gobiernos borbónicos. A veces, parecen concluir que había una clara contraposición entre unas élites «buenas» o «modernizadoras» y unas élites «malas» o «conservadoras» que buscaban sabotear los esfuerzos racionales e ilustrados de los ministros. Por ello, parece existir una contradicción de fondo: el reformismo borbónico ¿fue una obra modernizadora o una improvisación *ad hoc*? Los autores no plantean este dilema explícitamente y en todo

caso resuelven el problema que aquí planteamos apelando a la pluralidad de pareceres políticos en la Monarquía, que se reflejaba en la conflictividad constante entre el centro y la periferia. Sin embargo, no se resuelve la sospecha de que esa «modernización» era inherentemente incompatible con el diseño de la Monarquía hispánica.

Hacer un libro de síntesis no es fácil. El lector puede echar de menos algunos enfoques (por ejemplo, no se mencionan las relaciones con Portugal o los problemas por desarrollar manufacturas en las Indias), pero esto no invalida el inmenso mérito de que el libro sea una introducción al estudio de los problemas y momentos claves del imperio atlántico español. También es palpable que los autores han refundido antiguos trabajos suyos porque se reiteran y repiten ideas que ya hemos ido leyendo a lo largo de sus páginas. Pero su defecto más notable es el rechazo o timidez de los autores a enmarcarse en los debates historiográficos previos. La ausencia de una apuesta interpretativa fuerte lastra el conjunto.

A pesar de esto, *The Spanish Atlantic World* es una síntesis muy coherente que funde clásicos historiográficos, aportaciones recientes e investigación propia. Esto ya es mucho decir. Tiene el inapelable mérito de hacer abarcable un tema historiográficamente tan vasto, lo que ya es importante de por sí porque permite que puedan hacerse futuras enmiendas y saber dónde estamos. Es, desde luego, un libro imprescindible para entender las interconexiones de España con América, como ya hicieron otras obras de conjunto, como *Dinámicas imperiales*, de Josep M. Delgado Ribas, y *España: proyecto inacabado*, de Antonio Miguel-Bernal.

Alfonso Calderón Argelich

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/manuscripts.164>

